
La racionalidad de las preferencias políticas en México

Estudios recientes de opinión pública y comportamiento electoral



RODOLFO SARSFIELD *

Resumen: La revisión de los cuatro libros seleccionados conduce al retrato de dos mundos distintos en lo tocante a la racionalidad de las preferencias políticas mexicanas. El primer mundo nos revela un grupo de dimensiones de opinión pública y comportamiento político que muestran signos de coherencia y predictibilidad. Este mapa justifica hablar de preferencias políticas racionales. De manera opuesta, un segundo conjunto de dimensiones indica patrones contradictorios e inconsistentes entre sí. Esta segunda imagen cuestiona la racionalidad de las preferencias políticas de los mexicanos. El retrato que surge de la opinión pública y del comportamiento electoral en México es paradójico.

Palabras clave: racionalidad, opinión pública, comportamiento electoral, México.

The Rationality of Political Preferences in Mexico

Notes on Some Recent Studies on Public Opinion and Electoral Behavior

Abstract: This review essay identifies two images of Mexican public opinion. It is based upon a critical reading of four recent books and the related research in the field of Mexican electoral behavior and public opinion. The first contains dimensions of public opinion and political behavior that are coherent and predictable, which suggests that the Mexican electorate has rational political preferences. In contrast, a second collection of findings suggests that Mexican political opinion is incoherent. This image questions the rationality of Mexican political preferences.

Keywords: rationality, public opinion, electoral behavior, Mexico.

* Investigador asociado del Departamento de Ciencia Política, Vanderbilt University, 2201 West End Avenue, Nashville, Tennessee, 37235. Coordinador de investigación y analista de datos, Latin America Public Opinion Project (LAPOP). Correo electrónico: rodolfo.sarsfield@vanderbilt.edu. Agradezco los importantes comentarios de Fabrice Lehoucq a una versión anterior de este trabajo.

- Cleary, Matthew R. y Susan C. Stokes (2006), *Democracy and the Culture of Skepticism. Political Trust in Argentina and Mexico*, Nueva York, Russell Sage Foundation.
- Domínguez, Jorge y Chappell H. Lawson (eds.) (2003), *Mexico's Pivotal Democratic Election: Candidates, Voters, Campaign Effects, and the Presidential Campaign of 2000*, Stanford, Stanford University Press.
- Durand Ponte, Víctor Manuel (2004), *Ciudadanía y cultura política en México, 1993-2001*, México, Siglo XXI Editores.
- Moreno, Alejandro (2005), *Nuestros valores: los mexicanos en México y Estados Unidos a inicios del siglo XXI*, México, Banamex.

La opinión pública mexicana es paradójica. Del estudio de las preferencias políticas en México parecen surgir dos mapas muy distintos entre sí. De esta manera, en un primer retrato, surge un conjunto de dimensiones bien estructuradas y con patrones de predictibilidad. Otra representación muy distinta muestra, a la vez, la existencia de dimensiones no estructuradas e impredecibles. El análisis de algunas dimensiones de opinión pública y del comportamiento político nos introduce en una visión coherente y comprensible de las actitudes políticas de los mexicanos, mientras que el estudio de otras dimensiones retrata pautas cambiantes y contradictorias entre sí. Siguiendo la primera representación, estaríamos en el mundo de una opinión pública y un comportamiento político que siguen la ruta del “público atento” (Converse, 1964 y 1970) o del “pensamiento ideológico” (Campbell, Converse, Miller y Stokes, 1964). Detrás de la segunda imagen, y de atenernos a la perspectiva del trabajo seminal de Page y Shapiro, *The Rational Public* (1992), llegaríamos a la conclusión de que la “cultura política” mexicana es irracional.¹

¹ Aunque no es éste el lugar para una discusión sistemática al respecto, resulta importante hacer algunas observaciones sobre el uso que ha tenido el concepto de cultura política y algunas precisiones sobre su utilización en estas páginas. Hay que decir que, en primer lugar, la noción de cultura política ha sido empleada como un concepto intercambiable con los de “opinión pública” y “comportamiento político” (un problema de indistinción). Este uso no diferenciado de los tres conceptos se conjuga con otro aspecto problemático: en ocasiones se emplea sólo uno de los conceptos y se excluye a los demás (problema de exclusión). A mi juicio, ambos problemas tienen orígenes disciplinares o metodológicos. El uso del concepto de cultura política se observa más en enfoques centrados en (cierta) sociología, antropología o historia, en particular los que —al menos desde su propia perspectiva— deciden emplear estrategias de investigación “cualitativa”. La utilización del concepto “opinión pública” se observa más en la ciencia política y en la investigación cuantitativa. Dado este marco controversial en el uso de estos conceptos, hago aquí una breve referencia a la utilización que haré de ellos, la cual, por obvias razones de economía, es extremadamente sintética. En términos interconceptuales (Barsalou, 1989),

Ésta es la topografía sobre los valores, las actitudes y la conducta política mexicana a la que parece arribarse luego de la lectura de las importantes y recientes contribuciones revisadas en este ensayo. Aunque abordando muy distintas dimensiones de la opinión pública y el comportamiento político, las cuatro obras parecen encontrarse entre sí para contribuir con sólidos argumentos teóricos y empíricos a varios de los debates centrales de la extensa tradición de investigación que existe hoy en México acerca de la cultura política. Aunque centrándose en perspectivas analíticas y problemas de investigación disímiles entre sí, los cuatro libros reunidos en estas páginas agregan información para corroborar el complejo retrato que sobre la cultura política mexicana se dibujó desde los propios inicios de la extensa tradición que se ha dedicado a su estudio con el trabajo pionero de Almond y Verba en *The Civic Culture*. Desde sus primeros trazos y hasta el presente, los estudios sobre México han mostrado la coexistencia de hallazgos en tensión entre sí. Los ciudadanos democráticos que vieran Booth y Seligson (1984) y los electores que muestran sensibilidades normativas en favor de su derecho a votar (Schedler, 2004) forman parte de la misma pintura en la que se encuentran los niños autoritarios que hallara Segovia (1975) y los individuos con fuerte respeto por la autoridad tradicional que retratan Fromm y Maccoby (1970). Las obras aquí revisadas contribuyen a ratificar esa complicada representación (o representaciones) de la cultura política mexicana.

Dentro de este marco general, uno de los debates más importantes sobre el fenómeno de la opinión pública en México es el que tiene que ver con el peso de los llamados “valores tradicionales” y “valores modernos”. Una de las entradas analíticas que con mayor recurrencia se ha utilizado en los estudios sobre la cultura política mexicana se desprende de la conocida teoría de la modernización (e.g. Lerner, 1958; Deutsch, 1964) y de algunas de sus versiones revisadas (Inglehart, 1997; Inglehart y Baker, 2000; para México: Almond y Verba, 1963; Alducin, 1991, 1993; Moreno, 2005). La presencia que tiene el tema en los estudios de cultura política mexicana no es casual. Este enfoque teórico ha formado parte de una extensa porción de los trabajos sobre cultura política para América Latina (e.g. McDonald y Ruhl, 1989; Wiarda, 1992).

me refiero a la opinión pública y al comportamiento político como dos dimensiones diferentes de la cultura política. En términos intraconceptuales, la primera dimensión alude al conjunto de creencias que portan los individuos y que habitualmente se capturan a través de la técnica de encuesta. La segunda dimensión hace referencia a aspectos del comportamiento, la conducta o prácticas políticas. Para su observación, se emplean muy distintas técnicas y tipos de datos.

Dialogando con la teoría sociológica clásica —especialmente con las obras de Max Weber y Emile Durkheim—, esta perspectiva se ha interesado en indagar hasta qué punto es posible hablar de una “modernidad cultural” en los países de la región. Así, este grupo de autores se ha preocupado por responder a la pregunta sobre cuál ha sido —en los países de América Latina— el recorrido realizado en un camino que —en esta visión— inexorablemente conduce de las mentalidades propias de las “sociedades tradicionales” al “secularismo” de las “sociedades modernas”. La tesis central de esta perspectiva es que en las naciones donde se observa modernización económica y social (proceso que, como todos sabemos, se inició en un grupo de países europeos hacia finales del siglo XVIII), se debería constatar también la constitución de una “cultura moderna”, entendiendo cultura moderna fundamentalmente como una cultura racional. La industrialización, urbanización y alfabetización de las sociedades debería, en este enfoque, traducirse en “modernidad cultural”. Dentro de esta perspectiva general, el análisis del caso mexicano deja un balance bastante contradictorio, instalándonos en nuestro segundo mapa. De las obras aquí reseñadas, la de Alejandro Moreno es la que mejor se encuadra en este enfoque.

Este rostro divergente y contrapuesto de la cultura política mexicana se agudiza cuando se observan las actitudes de los mexicanos hacia la democracia y sus instituciones. De las contribuciones que analizo en este trabajo, quizá la de Víctor Manuel Durand Ponte es la que más explora esta importante cuestión (aunque Alejandro Moreno dedica también un importante capítulo a su revisión). En todo caso, estos trabajos añaden información a la ya aportada por un importante conjunto de investigadores y muestra que el valor normativo que tienen los ideales democráticos en la opinión pública en México es, cuando menos, ambiguo (Almond y Verba, 1963; Ai Camp, 1999; Alducín, 2002; Schedler y Sarsfield, 2004). Las preferencias democráticas se combinan con actitudes de intolerancia que destacan los dos trabajos mencionados. La racionalidad de la opinión pública en México muestra una de sus facetas más endeblas al analizar las actitudes frente a distintos valores de la democracia.

Vinculado también con el problema de cuán racional es la opinión pública mexicana, surge el análisis de los tipos y cantidades de confianza predominante en los ciudadanos. Como se sabe, el tema de la confianza ha sido crucial en un enfoque que, con creciente aceptación, ha intentado mostrar que, sin confianza, no es posible la democracia (al menos, una *buena* democracia). Así, una joven pero muy difundida perspectiva ha señalado que

distintas formas de confianza —que van desde la interpersonal, la confianza en el gobierno o la confianza en las instituciones hasta la existencia de redes de participación ciudadana y formas de asociacionismo— conforman los *microfundamentos* de las democracias saludables (e.g. Putnam, 2000 y 1993; Warren, 2001; Paxton, 2002; Boix y Posner, 1998).

Discutiendo la tesis de los “teóricos del capital social” (p. 5), el libro de Cleary y Stokes propone que, para que la democracia funcione bien, no es necesaria la existencia de ciudadanos que confíen el uno en el otro, ni la presencia de ricos entramados de vida asociacional, sino que lo que hace falta es —así de simple— escepticismo. La tesis que se deriva de este trabajo —no sin cierto halo de provocación normativa— nos dice que si deseamos democracias de calidad, lo que se necesita no son individuos confiados sino una cultura política escéptica. Como fácilmente se deducirá, la manera en la que se menciona sugiere una dirección de una relación causal, esto es, una cultura política escéptica *produce* buenas democracias. Esta manera de afirmarlo se sigue de razones expositivas, aunque el libro de Cleary y Stokes sea ambiguo sobre este importante punto. Tanto en la literatura de los teóricos del capital social como en el libro mencionado, ocurre que la relación entre democracia y cultura política es, por momentos, conceptual (y no causal). En otros momentos, se sugiere la relación causal opuesta. Dialogando con esta discusión, este libro arroja un balance más optimista sobre la opinión pública mexicana, balance que puede ser ubicado en nuestro primer mapa.²

Con un desplazamiento en este análisis desde la dimensión de opinión pública a la dimensión de comportamiento electoral, encontramos que la discusión académica en México sobre el voto ha sido también muy significativa, destacándose sobre lo realizado en otros países de América Latina. Varias son las perspectivas analíticas que, siguiendo los debates de la literatura comparativa, han articulado los estudios electorales en México. Uno de los enfoques de comportamiento electoral con más presencia en la investigación comparada actual es el que privilegia un tipo de explicación basado en las instituciones y en la oferta política. En este marco se inscribe la importante obra de Domínguez y Lawson, cuyo objetivo central es explicar los resultados de las elecciones presidenciales de 2000 a la luz del cambio de instituciones y de los rasgos que mostraban para esos comicios diferentes dimensiones de la oferta política. De la lectura de este libro, se dibuja un electorado que, siguiendo ciertos patrones predecibles, vota en las elecciones

² Un intento de clarificación de este problema puede verse en Paxton (2002).

de 2000. Como se verá más adelante, esta importante obra nos sitúa en el primer escenario de una ciudadanía que se comporta racionalmente.

Los cuatro libros reunidos en este ensayo contribuyen de manera destacable a la literatura sobre la opinión pública y el comportamiento electoral en México. Naturalmente, hay diferencias en los problemas de investigación y en la perspectiva analítica en la que se insertan. Estos temas, de manera evidente, no agotan en absoluto el contenido de cada obra. Siguiendo la estructura sugerida hasta aquí, una primera discusión que analizo es la que se refiere a la presencia de valores modernos y valores tradicionales en la cultura política mexicana. Un segundo problema abordado se relaciona con la convivencia contradictoria de creencias democráticas y creencias autoritarias entre los mexicanos. Empezando el análisis de esta discusión en la segunda parte de este ensayo. Una tercera cuestión que se discute en las obras revisadas tiene que ver con el comportamiento electoral en México y su racionalidad, problema que analizo en la parte final de este ensayo.

VALORES TRADICIONALES Y VALORES MODERNOS EN LA CULTURA POLÍTICA MEXICANA

Una dimensión de cultura política mexicana que ha sido muy explorada tiene que ver con el peso de la existencia de valores tradicionales y de valores modernos, cuestión no sólo crucial para la investigación en México, sino una agenda clave del trabajo para América Latina.³ La revisión de estas obras arroja un balance a favor de la hipótesis de la coexistencia de elementos tradicionales y modernos en la configuración de valores en México. El trabajo de Alejandro Moreno se destaca por su énfasis en este problema fundamental, tanto por el marco analítico en el que se inscribe su libro como por el trabajo empírico que realiza.

El análisis de Moreno se desarrolla en un lenguaje que se desprende centralmente de la perspectiva teórica de Ronald Inglehart y su idea de configurar un mapa mundial de va-

³ Es importante mencionar que no han faltado críticas importantes a esta perspectiva. El foco de buena parte de los cuestionamientos a la teoría de la modernización proviene de las anomalías empíricas observadas frente a su postulado de que, en las sociedades que se modernizaban, debían surgir regímenes democráticos. Los dos trabajos críticos más difundidos —quizá por su condición de clásicos— son las conocidas obras *Los orígenes sociales de la dictadura y la democracia* (1966), de Barrington Moore, y *El orden político en las sociedades en cambio* (1968), de Samuel Huntington.

lores. Explicado muy sucintamente, ese mapa está compuesto por dos dimensiones. En primer lugar, un eje de “valores de la supervivencia” *versus* “valores de la autoexpresión” (o una cultura “materialista” de la escasez y la supervivencia *versus* una cultura “posmaterialista” de la abundancia y el deseo de autoexpresión). El segundo eje es el compuesto por la dimensión “tradicional-secular/racional”. Moreno explica que empíricamente esas dimensiones se calculan con un análisis de factores que incluyen diversas variables. El eje tradicional-secular se mide por la importancia que los individuos le asignan a la idea de Dios, por el peso normativo que le dan a la obediencia, por sus posiciones frente al aborto, por el grado de orgullo nacional y por el grado de respeto a la autoridad tradicional. Evidentemente, las posiciones racionales-seculares subrayan el secularismo, la independencia, la determinación y la aceptación del aborto, y son críticas frente al nacionalismo y el concepto de autoridad. Por su parte, el eje de supervivencia autoexpresión se mide basado en las diferentes posturas de los individuos frente a pares de opuestos: la seguridad física, la calidad de vida, el sentimiento subjetivo de felicidad-infelicidad, la no participación-participación política, rechazo-aceptación de la homosexualidad y la desconfianza-confianza en los demás. Los valores posmaterialistas, evidentemente, se sitúan a favor de las segundas posiciones en cada una de estas dimensiones.

Siguiendo este esquema, Alejandro Moreno utiliza una doble estrategia comparativa a lo largo de su importante obra. Como un primer ejercicio inferencial, Moreno compara la situación de México con la de otras naciones en un diseño de análisis de varios países. Esta primera estrategia le brinda la posibilidad de evaluar el caso mexicano a la luz de lo observado en otros países. En segundo lugar, en una estrategia inferencial propia de un diseño de investigación de un caso (aunque evidentemente de varias observaciones), Moreno compara la situación de México en distintos años. Este segundo abordaje le permite tener un mapa sobre las trayectorias de continuidad y cambio de los valores dentro del caso mexicano. Utilizando datos de la Encuesta Mundial de Valores (de los años 1981, 1990, 1996-1997 y 2000), del Estudio Europeo de Valores (año de 1999) y de la Fundación Banamex (dos encuestas de 2003), Moreno llega a una cantidad de relevantes conclusiones, reseñadas más adelante.⁴ Las técnicas de análisis de datos que

⁴ El *n* de las encuestas y las fechas exactas en las que se aplicaron para México no es reportado por el autor para el caso de la Encuesta Mundial de Valores (años 1981, 1990, 1996-1997 y 2000) ni para el Estudio Europeo de Valores. Para el año 2003, Alejandro Moreno utiliza la Encuesta de Valores de México y la Encuesta de Valores de Estados Unidos ambas patrocinadas por la Fundación Banamex. En el caso de la Encuesta de Valores de México se empleó un *n* = 2 380

emplea principalmente son análisis de frecuencias, tablas de contingencia, análisis discriminador y análisis de factores por componentes principales.⁵

Comparando a México con otros países latinoamericanos, Alejandro Moreno encuentra que en el eje que va de los valores tradicionales a los valores modernos, el grado de modernidad de México es muy similar a la de Brasil, Chile o Perú, y “un tanto menos, aunque en la misma vecindad, que Venezuela y Argentina” (p. 40). Por otra parte —señala el autor—, México se asimila en este eje a varias sociedades del Caribe, especialmente las hispanohablantes, como la República Dominicana y Puerto Rico. Tales cercanías con los países de América Latina llevan a Moreno a hablar de un “área cultural similar en América Latina y el Caribe, al menos entre las sociedades caribeñas de habla hispana” (p. 40). En ese espacio cultural compartido, México se sitúa en un lugar que combina el predominio de valores tradicionales sobre valores seculares y una leve preponderancia de los valores de autoexpresión sobre los de supervivencia.

Con el ejercicio comparativo entre distintos años, Moreno halla un proceso de cambio en la cultura política mexicana, que no deja de ser paradójico. Siguiendo lo esperado según la teoría de la modernización, durante la década de 1980 se observa en México un creciente tránsito de los valores propios de la sociedad tradicional a valores característicos de las sociedades modernas. Este paso hacia la modernidad se refleja en el “abandono de los esquemas tradicionales de autoridad, en un creciente secularismo y en un debilitamiento del nacionalismo que se había alimentado con el discurso revolucionario” (p. 50). Así, el autor referido encuentra que entre 1981 y 1990 el porcentaje de mexicanos que cree que “es bueno que haya un mayor respeto por la autoridad” desciende de 67 a 65%. Un descenso más marcado se observa respecto a los que le atribuyen “mucho importancia a Dios”, porcentaje que cae de 74 a 58%. A su vez, el orgullo nacional también baja de 65 a 56% de los entrevistados. Durante estos años, la cultura política mexicana se comporta según el patrón esperado de creciente secularidad y progresiva desaparición de los valores propios de las sociedades tradicionales.

y fue realizada entre el 20 y el 23 de junio de 2003. El margen de error teórico para el total de la muestra fue de $\pm 2\%$ y se aplicó a mexicanos mayores de 18 años, de manera personal, cara a cara y en el domicilio de los entrevistados. En el caso de la Encuesta de Valores de Estados Unidos, se aplicó a un n de 1 213, cara a cara por intercepción, y en localidades centrales de las principales ciudades (mercados) con población hispana de Estados Unidos. Las localidades fueron seleccionadas en función de sus características demográficas.

⁵ Otra técnica que emplea Alejandro Moreno es la regresión logística bivariada, cuando busca hallar los determinantes en el nivel individual de la felicidad entre los mexicanos.

Sin embargo, durante la década de 1990 y a principios del siglo XXI, Alejandro Moreno encuentra importantes indicios de un fenómeno en la dirección opuesta. La cultura política mexicana, de manera contraria al proceso de secularización y modernización de la década anterior, retoma durante la década de 1990 valores propios de la sociedad tradicional. Dentro de estas actitudes tradicionalistas, sobresalen las referidas a un regreso a la religión, una creciente revalorización de las tradiciones y la autoridad, y un aumento del fenómeno del nacionalismo. Así, en la dimensión religiosa del fenómeno, Alejandro Moreno halla que el porcentaje de mexicanos que le atribuye mucha importancia a Dios aumenta de 58% en 1990 a 85% en 2000 y a 90% en 2003. De este mismo modo y en referencia al nacionalismo, Moreno encuentra que, a partir de 1990, se registra un aumento notable de quienes sienten “mucho orgullo” de ser mexicanos, valor que llega a cerca de 71% en 1996 y que crece hasta 87% en 2003. Por otra parte, se observa una creciente deferencia por la autoridad. El respeto de los mexicanos hacia la autoridad se incrementa en el año 2000 desde 68 a 86% de los encuestados. Moreno hace notar que este hallazgo sobre las actitudes frente a la autoridad política no es un fenómeno aislado y que se suma a otros indicadores de la Encuesta de Valores que muestran que el crecimiento del respeto hacia la autoridad se observa también en ámbitos más cercanos al individuo, tales como la familia y el trabajo.

Estos datos contribuyen a tener un panorama pesimista en lo que se refiere al grado de modernidad de la cultura política mexicana. Luego de un claro proceso de modernización, cuyos inicios se ubican hacia la década de 1980, es posible identificar en la de 1990 un segundo patrón que caracteriza el cambio de valores en México y que marcha, contradictoriamente, en sentido opuesto. La secularización de los valores de los mexicanos, iniciada con paso firme durante la década de 1980, parece haber desembocado en un retroceso a partir de 1990. La modernidad alcanzada en México correría riesgo si el proceso de regreso a las tradiciones se profundizara. Esta regresión podría significar el regreso a valores propios de las sociedades tradicionales como el autoritarismo. El proceso de racionalización de la cultura política mexicana desarrollado durante la década de 1980 se detiene y se invierte en los últimos 15 años. Estamos en el segundo mapa de una cultura política que parece mostrar facetas crecientes de no racionalidad.

Sin embargo, no es ésta la conclusión a la que llega Alejandro Moreno. La lectura del autor es que, en realidad, los mexicanos

...han recuperado sus tradiciones y no por ello le han dado la espalda a la racionalidad. El retorno a la fe, el aumento de la religiosidad, el fortalecimiento del nacionalismo responden a causas entendibles: la apertura y la competitividad en diversas áreas de la vida, incluso la religiosa, la creciente oferta de ideas y de bienes de consumo, la mayor pluralidad política y, por supuesto, la globalización. El mexicano promedio se ha reencontrado consigo mismo como mexicano y ha fortalecido su orgullo nacional precisamente como una respuesta natural ante la creciente globalización (p. 65).

Hay que decir que este argumento de Moreno, a diferencia de la solidez del libro en las demás dimensiones, no resulta del todo convincente. Cabe dudar respecto a que la respuesta “natural” frente al fenómeno de la globalización sea el regresar al nacionalismo, ni que exista una “racionalidad” subyacente a un fenómeno así. Una primera observación es que no hay en el libro de Moreno evidencia empírica que permita inferir la existencia de un vínculo causal entre globalización y nacionalismo en México. Resulta difícil concluir que el aumento del orgullo nacional —que claramente detecta el autor— se desprenda del fenómeno de la constitución de una economía y una cultura de alcance mundial. El valor de esta afirmación es el de una hipótesis que deberá ser ratificada o desmentida por investigación posterior.

Pero quizás lo más importante para observarse en este punto tenga que ver con una concepción de racionalidad que está sugerida en este argumento. Aunque esta reflexión no se desprende de manera directa del análisis de Moreno, una asunción de racionalidad no explorada empíricamente juega un papel clave en su argumento explicativo sobre la relación causal planteada. Moreno asume que el regreso al nacionalismo entre los mexicanos se deriva *racionalmente* de la globalización. Dentro de esta afirmación, la noción de racionalidad juega el papel de llenar —*a priori*— la “caja negra” (Boudon, 1998) que hay entre dos fenómenos —la globalización y el nacionalismo en México—, los cuales se sugieren relacionados causalmente. Se asume que *una* racionalidad explica los vínculos entre estas dos variables. Un supuesto no explorado empíricamente ocupa un lugar central en la explicación.

Saliendo de la órbita del importante libro de Moreno, ésta parece ser una característica de un tipo de explicación estándar propio de los estudios de opinión pública. Buena parte de la investigación con datos de encuestas se ha centrado en la búsqueda de

“efectos causales” y ha dejado de lado la exploración de “mecanismos causales” (*e.g.* Boudon, 1998; Hedström y Swedberg, 1998) que conectan una variable X —que se asume como explicativa— y una variable Y —que se asume como dependiente. Una porción dominante de la investigación de opinión pública es, en los términos de Hedström y Swedberg, “variable-centrada” (Hedström y Swedberg, 1998, p. 16). El tipo de inferencia estándar que se realiza se basa en modos de explicación del tipo “el porcentaje de variación de Y que es explicado por el cambio en una unidad de X ” (si X y Y son ambas variables ordinales) o “el cambio en la probabilidad de observar Y cuando X varía” (si X es ordinal e Y es nominal).⁶ Dentro de este tipo de explicación no se incorpora el problema de indagar sobre los mecanismos causales que conectan diferentes fenómenos de opinión pública.

El razonamiento de los individuos que subyace a tales vínculos sería un aspecto clave de un programa de investigación que explorara los mecanismos que vinculan a las diferentes preferencias expresadas en situación de encuesta. La posibilidad de que existan diferentes tipos de razonamiento no ha sido un objetivo de la investigación variable centrada y ha estado ausente en buena parte de los estudios de opinión pública. Una excepción lo constituye la tradición de la psicología cognitiva. En referencia específica al problema de la racionalidad, recientemente se ha hallado evidencia a favor de que coexisten distintos tipos de vínculos entre las creencias y preferencias políticas y que no se puede asumir el supuesto de racionalidad utilitaria (Sarsfield y Echeagaray, 2006; Sarsfield y Carrión, 2006). Queda, para la agenda de los estudios de opinión pública, el desafío de incorporar estrategias de investigación que permitan iluminar el razonamiento político.

ACTITUDES HACIA LA DEMOCRACIA Y LA TOLERANCIA

Existe una extensa tradición de estudios sobre la cultura política mexicana que señalan el carácter ambiguo—si no es que abiertamente autoritario— de las actitudes políticas de los mexicanos. Los trabajos que muestran rasgos de autoritarismo en México comienzan

⁶ Por razones de espacio, no menciono las demás posibilidades en términos de tipos de variables, siendo las aludidas las más típicas.

antes del inicio de los estudios basados en encuestas y se remontan a las aproximaciones psicoanalíticas y psicosociales que, sobre el “carácter nacional” de los mexicanos —siguiendo los términos del trabajo de Martin C. Needler (1971)—, se hicieran desde la década de 1930 (e.g. Ramos, 1934; Paz, 1961; Wolf, 1959). Siguiendo estos antecedentes, la idea de la existencia de actitudes autoritarias entre los mexicanos se vio reforzada posteriormente por un importante grupo de trabajos que investigó la presencia de esas actitudes entre los niños, quienes, socializados tempranamente en el autoritarismo del régimen, desarrollaban orientaciones autoritarias (e.g. Scott, 1965; Hansen, 1971; Segovia, 1975). Esta visión parece haberse consagrado a partir del trabajo seminal de Gabriel Almond y Sydney Verba (1963). En su estudio fundamental, los autores de *La Cultura Cívica* concluyeron que un porcentaje muy bajo de mexicanos podía ser identificado como ciudadano “participante”, el tipo de ciudadanos requeridos en una auténtica cultura política democrática. De allí que se asumiera que las actitudes políticas de los mexicanos no eran proclives a los valores de la democracia.

Es necesario señalar que, no obstante, otros trabajos hallaron información en la dirección contraria. Cuestionando la tesis de una cultura política autoritaria, un grupo de investigadores, a partir de discutir los criterios de medición de Almond y Verba y utilizar otros indicadores para medir el autoritarismo político, encontraron razones para poner en duda aquella visión. Entre esta investigación sobresale lo hallado por Baloyra (1979) para Venezuela y los importantes datos aportados para el propio México por Booth y Seligson (1984). El argumento de Baloyra es que varios de los indicadores empleados por Almond y Verba miden la evaluación que hacen los encuestados del desempeño del gobierno y no el apoyo de éstos a los valores de la democracia. Por su parte, Booth y Seligson muestran —utilizando una medición diferente a la de Almond y Verba— que los mexicanos urbanos tienen actitudes democráticas en múltiples dimensiones. Con conclusiones similares, un estudio de Fagen y Tuohy (1972) encuentra un apoyo notable a los valores democráticos entre los jalapeños.⁷ Para hacer aún más complejo el panorama, otro grupo de investigaciones más recientes, separándose tanto de una visión autoritaria como de una visión democrática sobre la opinión pública mexicana, ha hallado datos a favor de la existencia de actitudes ambiguas o contradictorias de los mexica-

⁷ No obstante, y ratificando las ideas del trabajo seminal de Prothro y Grigg (1960), esta investigación concluye que tal apoyo a los principios democráticos se observa en algunas dimensiones (participación) y no en otras (derecho a disentir).

nos frente a los valores de la democracia (Camp, 1999; Alducin, 2002; Schedler y Sarsfield, 2004).

En este escenario complejo es donde Durand Ponte emprende en su libro la tarea de explorar las actitudes políticas de los mexicanos frente a la democracia. Utilizando datos de 1993, 2000 y 2001 y, centralmente, las técnicas estadísticas de frecuencias y tablas de contingencia, Durand Ponte encuentra que las actitudes democráticas de los mexicanos cambian, aunque ese cambio no es lineal y, en más de un caso, es contradictorio.⁸ Así, con la expectativa de que lo que cabría esperar es continuidad autoritaria, “dado el largo periodo de la historia” en el que “los mexicanos vivieron bajo regímenes autoritarios”, la cultura política del México contemporáneo debería mostrar “rasgos autoritarios en la mayoría de la población” (p. 14). Sin embargo, Durand Ponte encuentra algunas transformaciones democratizadoras que el destacado investigador recupera en su libro. No obstante, estas transformaciones favorables a la democracia coexisten con el crecimiento de actitudes intolerantes. Nuevamente estamos frente a indicios que ratifican la ausencia de racionalidad en las preferencias políticas de los mexicanos.

Antes de pasar a sus hallazgos empíricos más importantes, hay que señalar la presencia de ciertas tensiones teóricas en la obra de Durand Ponte. Tal como está planteada su hipótesis principal líneas arriba, se deduce que Durand Ponte privilegia una relación causal que va en la dirección de los regímenes políticos hacia la cultura política (es decir, una hipótesis neoinstitucionalista). Plantear este punto es importante pues en otros momentos de su trabajo el autor parece aproximarse más a una concepción culturalista de la relación entre cultura política e instituciones políticas. A modo de ejemplo, el autor afirma más tarde que, “en la conformación del régimen democrático hasta su consolidación, la cultura política de los ciudadanos es tan importante como la institucional y la de los actores (estratégicos)” (p. 19) o que, en la relación entre cultura política y sistema político, “las fuentes del cambio están en ambos polos” (p. 20). Con estas ideas, Durand parece matizar —si no es que cuestionar— la preeminencia de las instituciones sobre la cultura política. Esta inconsistencia en su argumento probablemente se desprende de las distancias y

⁸ Hay que señalar que el anexo sobre las características técnicas de las muestras es confuso y no brinda información comparable y sistemática sobre las tres encuestas. El *nde* de la muestra de 1993 fue de 27 419 casos. El *nde* de la muestra de 2000 fue de 2 200 y se aplicó a personas mayores de 18 años de zonas urbanas y rurales. El esquema del muestreo en este último caso fue estratificado y polietápico. Para el año 2001, Durand Ponte utilizó los datos de la Encuesta Nacional de Cultura Política. El tamaño de la muestra fue de 5 015 viviendas con un nivel de confianza de 90% y un margen de variación relativo de 10%. Se aplicó a personas de 18 años o más.

dificultades de conciliar lenguajes teóricos tan disímiles entre sí como los de Luhmann, Almond y Verba o Przeworski, autores que ocupan un lugar importante en las ideas del libro.

Dentro de este panorama, un primer hallazgo de la obra de Durand Ponte es que, frente a la pregunta estándar sobre si “la democracia es siempre mejor que cualquier otra forma de gobierno”, el autor encuentra que, en 1993, 48.1% de los mexicanos responde que “sí”, mientras que ese porcentaje se incrementa a 55.0% en 2000 y a 56.1% en 2001. No obstante —observa Víctor Manuel Durand Ponte—, la preferencia por un gobierno autoritario también se incrementa en este periodo y pasa de 9.9% en 1993 a 12.5% en 2001. Por otra parte, los indiferentes frente al tipo de gobierno también bajan de 14.3% a 9.6% en esos años (con un pico de 20.0% en 2000). Tales hallazgos llevan a que Durand hable de “una pauta de cambio compleja y hasta contradictoria” que, en su visión, sigue el camino de la desaparición de una “vieja cultura” autoritaria y la “formación de la nueva” cultura democrática. Sin embargo, estas transformaciones favorables a la constitución de una cultura política democrática coexisten con el hecho de que en casi 50% de los mexicanos persiste el temor de que “la democracia cause peligros”, creencia que sólo disminuye entre los más escolarizados. Un indicador muy preocupante para el autor es el aumento de la preferencia por un líder fuerte, cuyo porcentaje se incrementa de 18.5% en 1993 a 39.6% en 2001.⁹ Como una anomalía empírica que se opone a los hallazgos en otros países, Durand encuentra que esta preferencia por líderes fuertes aumenta con el nivel de escolaridad y entre las clases medias y altas. El autor concluye con la observación —muy vigente para algunos analistas de estos días del México posterior a las elecciones presidenciales de 2006— de que estos datos pueden anticipar “una puerta de entrada para el populismo y un nuevo tipo de autoritarismo” (p. 264).¹⁰

Entrando en el análisis de uno de los valores constitutivos de una cultura política genuinamente democrática, esto es, la tolerancia, los hallazgos de Durand Ponte sobre México no son demasiado halagüeños. Respecto a la pregunta sobre la actitud que se debe tener frente a las “personas que piensan con ideas diferentes a las de la mayoría”, Durand Ponte encuentra que, aunque la “tolerancia activa”, esto es “aceptar que las per-

⁹ Durand Ponte aclara que el fraseo de la pregunta de 1993 es diferente al de 2001, lo que nos lleva a ser muy cautos en la comparación.

¹⁰ Durand Ponte avanza bastante más allá en este punto, al afirmar que “la popularidad de Cuauhtémoc Cárdenas en 1988 y la popularidad de Andrés Manuel López Obrador en el Distrito Federal son ejemplos palpables de estas salidas” (p. 264).

sonas con ideas diferentes intenten convencer a los demás”, aumenta 8.3% desde 1993, el porcentaje en 2000 “sólo alcanza 28.6%, poco menos de una tercera parte” (p. 117). El pesimismo del autor en esta dimensión también tiene que ver con el hecho de que el porcentaje de quienes creen “que los que piensan diferente a la mayoría pueden hacerlo, pero sin tratar de convencer a los demás” (“tolerancia pasiva”) ha permanecido igual al comparar ambos años. La misma situación se observa en el porcentaje de los que creen que tales personas “deben obedecer la voluntad de la mayoría, dejando de lado sus ideas” (“intolerancia”).

Una vez más, los alcances de los hallazgos empíricos arrojan un recuento difícil de estimar. En términos agregados, el aumento de las actitudes favorables a la democracia coexiste con el crecimiento de las preferencias por un gobierno autoritario y con la permanencia de orientaciones intolerantes. La racionalidad de la opinión pública mexicana está en cuestión. En los términos de una dimensión fundamental de racionalidad, la consistencia, las preferencias políticas de los mexicanos muestran signos evidentes de incoherencia. Nos encontramos en el segundo mapa de no racionalidad.

CONFIANZA Y DEMOCRACIA EN MÉXICO

La relación entre confianza y democracia ha sido extensamente señalada por una larga tradición cuyos orígenes se remontan a la obra de Alexis de Tocqueville. Siguiendo estos pasos, la tesis de una reciente pero muy difundida perspectiva es que, para que una democracia funcione bien, debe observarse confianza de los ciudadanos entre sí y de éstos hacia el gobierno (*e.g.* Putnam, 1993 y 2000; Warren, 2001; Paxton, 2002; Boix y Posner, 1998). Este enfoque postula que una intensa vida cívica constituye el cemento de una buena democracia. Cleary y Stokes, detrás del camino de una tradición de la teoría política que se remonta a las obras de Montesquieu, Hume y Madison, dan vuelta a la tesis de los teóricos de la confianza. Cuestionando la importancia de una cultura política basada en la confianza y sosteniendo la relevancia de una cultura política escéptica, los autores intentan mostrar, para diferentes regiones de Argentina y México, que para que la democracia funcione mejor no es necesario que los individuos confíen el uno en el otro ni que tengan más confianza en los políticos o en los gobiernos.

Más allá de esta interesante disputa teórica, lo que resulta relevante en este libro bajo la lupa de este ensayo —la racionalidad de la cultura política mexicana— son algunos de los requisitos de definición y hallazgos que Cleary y Stokes plantean para México sobre los tipos de confianza predominantes. Como es sabido, son amplios los vínculos conceptuales entre confianza y racionalidad. La constitución de formas de confianza ciega *versus* formas racionales de confianza (Uslaner, 1999 y 2002; Gambetta, 2000) es uno de esos lazos. No es éste el lugar para analizar este importante problema de la teoría sociológica; sin embargo, es necesario detenerse brevemente en la lógica implícita en el argumento conceptual de Cleary y Stokes —que sigue algunas de las ideas de Russell Hardin— y del que se derivan sus nexos con el problema de la racionalidad.

Cleary y Stokes abordan el análisis de la conformación de confianza entre dos actores a partir de la teoría de juegos. Relacionando el problema de la confianza con el dilema del prisionero, los autores la definen como “la creencia de *A* respecto a que *B* hará *X*”, siendo “*X* una acción que coincide con los intereses de *A*”.¹¹ De allí se puede inferir que, sin la existencia de un tercer actor —las instituciones— que constriña o delimite lo que *B* puede hacer, *A*, si es racional, no puede confiar *a priori* en que *B* actuará en la dirección que *A* espera.¹² Sólo con la presencia de instituciones que delimiten los probables comportamientos de *B*, *A* puede esperar, racionalmente, una determinada conducta de *B*.¹³

Este análisis, llevado al problema de la constitución de confianza de los ciudadanos hacia el gobierno, sugiere que es más racional confiar en que el gobierno y los líderes políticos (el actor *B*) actúen siguiendo lo que los ciudadanos esperan (el actor *A*) si existen instituciones que constriñan el comportamiento del gobierno y los líderes políticos que si esas instituciones no existieran. De esto se deriva que las formas de confianza personal directa en los líderes políticos sean —a la luz de esta conceptualización de la confian-

¹¹ Y no con los intereses de *B*. Los autores excluyen explícitamente de su concepto las formas de confianza que “descansan en una coincidencia espontánea de intereses”, tal como el caso de un granjero *A* —mencionan Cleary y Stokes— que decide tener unos panales de abejas, las cuales, después de un tiempo, cultivan los árboles de un granjero vecino *B* —sin *A* quererlo—, generando que las ganancias de *B* se incrementen y que *B* confíe en *A*.

¹² Claro que hay excepciones a esta afirmación cuando cambian algunas de las condiciones de la interacción. Por sólo mencionar dos, estas excepciones podrían ser: 1) cuando los intereses de *B* coinciden con los intereses de *A* (situación que los autores excluyen), o 2) cuando existe una historia de *n* jugadas anteriores en las que *B* ha hecho *siempre* lo que *A* esperaba. La confianza entre amigos se construye típicamente con esta segunda trayectoria.

¹³ Esto es cierto si se cumplen dos condiciones. En primer lugar, que estas instituciones sean conocidas por *A* y *B* (problema de información). En segundo lugar, que las instituciones funcionen siempre que *A* y *B* interactúen (cuestión que nos lleva a la confianza en las instituciones).

za— menos racionales que las formas de confianza que provienen de condicionar su presencia a la existencia de instituciones que constriñan el comportamiento de los líderes políticos y de los gobiernos.

Por razones de espacio e interés, me centro exclusivamente en los hallazgos de Cleary y Stokes sobre las formas de confianza predominantes en México.¹⁴ Resulta interesante comenzar señalando que, en perspectiva comparada, los autores encuentran que, tanto en México como en Argentina, la respuesta por la confianza institucional fue la que se eligió con mayor frecuencia. No obstante, también señalan el hecho de que tal respuesta fue menor en México (54%) que en Argentina (67.7%).¹⁵ Centrándonos en México, el trabajo encuentra que, a lo largo de un conjunto de indicadores con los que Cleary y Stokes miden la confianza personal y la confianza institucional, la cultura política mexicana se caracteriza por una predominante confianza institucional y un grado importante de desconfianza en los políticos. Estos indicadores incluyen mediciones tan diferentes entre sí como son las percepciones de los ciudadanos frente a la compra del voto, el clientelismo y las actitudes hacia el Estado de Derecho. Así, con casi todos los indicadores, la conclusión principal es que en México predominan los ciudadanos que creen que los políticos se comportarán a favor de los intereses de los ciudadanos sólo si pueden ser responsabilizados por su actuación, una dimensión central de lo que los autores llaman confianza institucional. Esta creencia implica no confiar en los políticos, sino, por el contrario, tener escepticismo acerca de sus motivos y sus acciones no susceptibles de vigilancia, nos dicen Cleary y Stokes. Con estas creencias, sólo se confía en los políticos si existen restricciones institucionales que regulen su comportamiento.¹⁶

Confirmando las expectativas teóricas de Cleary y Stokes, los autores encuentran que, en México, los estados más democráticos son aquellos donde más fuertemente prevalece la

¹⁴ Para los datos sobre confianza en México, los autores se basaron en una encuesta realizada por la firma Parametría a 400 adultos en cada uno de los cuatro estados siguientes: Baja California, Chihuahua, Michoacán y Puebla. La encuesta se aplicó en los dos primeros estados en julio de 2001 y en noviembre del mismo año en los dos segundos, buscando que ésta se realizara después de las respectivas elecciones en cada jurisdicción. En lo referente a las técnicas de análisis de los datos, Cleary y Stokes utilizan principalmente frecuencias, tablas de contingencia y modelos de regresión logística.

¹⁵ Cálculos del autor. Esos valores representan el promedio de los porcentajes de las preguntas que utilizan Cleary y Stokes en su trabajo.

¹⁶ Es importante aclarar que este concepto de “confianza institucional” de Cleary y Stokes no debe confundirse con las mediciones estándar que se emplean para medir la “confianza en las instituciones”, mediciones que los autores critican ampliamente.

confianza institucional sobre la confianza personal en los políticos. Así, Cleary y Stokes señalan que “en la respuesta de las tres preguntas que miden el tipo de confianza predominante, en los dos estados de mayor calidad de democracia” —según la medición de los propios autores, Baja California y Chihuahua— “los individuos muestran mayor probabilidad de tener confianza institucional que sus contrapartes, Michoacán y Puebla” (p. 91). En línea con lo que esperan, Cleary y Stokes encuentran que las poblaciones de Baja California y Chihuahua —los estados de mayor calidad de democracia— son las que tienen menor probabilidad de tener confianza personal en los políticos.¹⁷

Si se acepta el argumento de los autores sobre la existencia del vínculo causal entre buena democracia y confianza institucional (y entre mala democracia y confianza personal), el panorama en México es bastante más promisorio en la dimensión de confianza que en otras dimensiones observadas en este ensayo. Desde la perspectiva de la presencia de una cultura política escéptica hacia los gobiernos y líderes políticos, México se alejaría de la trayectoria y patrón que, según Cleary y Stokes, enlazan a los países más pobres y divididos por clases con democracias de baja calidad, estrategias clientelares y confianza personal en los políticos. En la perspectiva de este trabajo, México estaría más cerca de un segundo patrón que vincula a los países más prósperos y equitativos con democracias de alta calidad, rendición de cuentas, una cultura política del escepticismo hacia los políticos y una confianza condicional hacia las instituciones.

La imagen que sobre la cultura política mexicana deja el trabajo de Cleary y Stokes es más optimista que la que nos brindan los trabajos anteriores. Aunque el estudio de estos autores se limita a cuatro estados, las características socioeconómicas y culturales de ellos parecen ser bastante representativas de México (dos estados del norte más desarrollado y menos indígena; dos estados del centro-sur menos desarrollado y más indígena). La indagación de Cleary y Stokes muestra que, aunque las variaciones entre las regiones son importantes, en términos totales prevalece entre los mexicanos la confianza institucional sobre la confianza personal. Si aceptamos el nexo conceptual entre confianza institucional y racionalidad, el panorama en México es más promisorio. Con Cleary y Stokes nos ubicamos en el primer mapa racional.

¹⁷ El análisis multivariado indica que estas diferencias entre los estados no son una función de las diferencias socioeconómicas o demográficas entre éstos. A pesar de la relevancia que muestran tener las variables socioeconómicas, los autores subrayan el hecho de que las diferencias entre los estados persisten aun cuando se controlen por los efectos socioeconómicos.

COMPORTAMIENTO ELECTORAL EN MÉXICO

Dentro de los estudios electorales en México ha coexistido una rica diversidad de líneas de investigación que han acompañado la discusión de las democracias consolidadas. Siguiendo los debates de la literatura comparada, existe un conjunto de trabajos en el marco del modelo del voto económico (e.g. Buendía Laredo, 1997 y 2000; Moreno, 2003; Beltrán, 2000). Por otra parte, los estudios en México se han preocupado también por el lugar que ocupa la información y la incertidumbre en las decisiones de los electores (e.g. Buendía Laredo, 1997; Beltrán, 2000). Muy relacionado con esta perspectiva, existe un grupo de trabajos que ha investigado el papel que ha desempeñado en el comportamiento electoral de los mexicanos el cálculo que los electores hacen sobre la utilidad recibida y la probabilidad de ganar de cada candidato y partido (e.g. Magaloni, 1996; De la O y Poiré, 2000; Poire, 2000).

Al lado de las anteriores líneas de investigación más articuladas con la ciencia política, existe un grupo de investigadores que ha trabajado con las hipótesis clásicas de la perspectiva sociológica del comportamiento electoral (e.g. Lazarsfeld *et al.*, 1944; Berelson *et al.*, 1954; Lipset, 1959), quienes se ha interesado en los determinantes sociodemográficos del voto en México (e.g. Domínguez y McCann, 1995; Moreno y Yanner, 1995; Moreno, 2003) y en los factores psicociológicos entre los mexicanos (e.g. Moreno, 1999 y 2003). Evidentemente, parte de estos trabajos ha utilizado modelos multivariados en los que se exploran conjuntamente estas diferentes hipótesis competitivas.

En este amplio espacio de discusión es donde el libro de Jorge Domínguez y Chappell Lawson inscribe su destacable investigación sobre las elecciones presidenciales de 2000. La obra aborda lo que, a juicio de sus editores, marcó un cierto carácter empíricamente irregular en los resultados de los comicios que le dieron el triunfo a Fox.¹⁸ Numerosas y muy importantes son las conclusiones a las que llega este libro. En la consideración de estas conclusiones, me centro en las que tienen que ver con el tipo de votante —y su racionalidad— del que hablan varios de sus hallazgos.¹⁹

¹⁸ En este punto, los autores señalan que había un conjunto importante de razones para creer que el PRI conservaría el poder. Domínguez y Lawson señalan que el resultado observado es problemático si se tiene en cuenta que una buena parte de las encuestas le daban el triunfo a Labastida, que el PRI no había perdido ninguna elección para gobernador ni para el Congreso desde finales de la década de 1980 y que, lejos de ello, “había conservado un reservorio de apoyo popular” de 40% del voto en la mayor parte de las contiendas anteriores a las elecciones presidenciales de 2000 (p. 2).

¹⁹ Las diferentes contribuciones de este libro utilizaron primariamente los datos del Estudio de Panel México 2000,

Hay que comenzar señalando que, en una parte de sus inferencias, el horizonte del libro está constituido por el resultado electoral de esas elecciones y no por el comportamiento de los votantes considerados individualmente. El interés central de la obra se desplaza entre el objetivo de encontrar las razones del triunfo de Fox y la meta de hallar los factores que, conjuntamente, explicaron la conducta electoral individual de los mexicanos ese 2 de julio. Asimismo, en la obra se observa un cierto énfasis en una variable explicativa, esto es, explorar el peso que tuvieron diferentes dimensiones de la campaña política en el resultado de esas elecciones presidenciales. Como resultado de esto, en algunos capítulos se privilegian en el argumento las inferencias sobre una variable explicativa —la campaña electoral—, entrando en los problemas de un diseño de investigación centrado en una X y no en una Y (Gerring, 2001). Ello tiene —de manera evidente— consecuencias sobre los alcances sustantivos del trabajo.²⁰

Por otra parte (y naturalmente por tratarse de un esfuerzo colectivo), cada capítulo aborda diferentes variables dependientes que, aunque relacionadas con el comportamiento electoral, son diferentes entre sí. Esas variables dependientes intentan capturar dimensiones distintas, cuyas relaciones (ya sean conceptuales o causales) no son objeto de una reflexión o justificación sistemática por parte de los autores del libro. Estas variables incluyen nominaciones tales como las “evaluaciones sobre los partidos principales” (Klesner, p. 116), la “propensión al voto” (Lawson y Klesner, p. 82), hasta formulaciones más estándares como “probabilidad de votar por un candidato” (Cornelius, p. 58), “voto” (McCann, p. 178), o “preferencia por un candidato” (Lawson, pp. 232-233). Aunque en ciertas condiciones un diseño así puede ser fructífero, frente a tanta diversidad de conceptualización y medición, sería recomendable una discusión preliminar. Ese ejercicio está ausente en el libro.

que consistió en 7 000 entrevistas en cuatro diferentes rondas utilizando un diseño de panel híbrido. La primera ronda se llevó a cabo entre el 19 y el 27 de febrero de 2000 con 2 400 adultos. Esta muestra se dividió en dos grupos, al primero de los cuales se volvió a entrevistar en una segunda ronda (entre el 28 de abril y el 7 de mayo). En la tercera ronda (entre el 3 y el 18 de junio), se entrevistó a los de la segunda ronda que no participaron más 400 del grupo ya encuestado en esa oportunidad. Finalmente, en la cuarta ronda (entre el 7 y el 16 de julio) se entrevistó a personas que ya habían sido encuestadas en la segunda y tercera ronda (1 200) y en la primera (100). A estos grupos de entrevistados con anterioridad se les agregó un conjunto de 1 199 personas que no habían sido encuestas en ninguna ronda. En términos de análisis de datos, las técnicas que emplean las diferentes contribuciones se destacan por su diversidad y, en buena parte de los casos, por su sofisticación. Se emplean modelos de regresión logística en una buena parte de las colaboraciones.

²⁰ Esta característica es explicada por sus autores desde el comienzo del libro. Así, en la introducción del texto, Lawson comenta que la encuesta que emplea la mayoría de las contribuciones, el Estudio de Panel México 2000, fue “explícitamente diseñado para medir las influencias de la campaña en el comportamiento electoral de 2000” (p. 12).

Esta observación no es semántica sino sustantiva. El hecho de emplear diferentes variables dependientes dificulta —si no es que imposibilita— la comparación entre los hallazgos de cada capítulo. Varias contribuciones tienen, a su vez, más de una variable dependiente. Esto conduce a un problema que va mucho más allá de este libro y que quizá caracterice el campo de la opinión pública y el comportamiento electoral: una buena parte de las veces, una deseable sofisticación estadística va acompañada por una escasa reflexión conceptual y de medición. Por estos motivos, el libro no desarrolla un modelo final que permita una evaluación conjunta de los diferentes factores controlados que las distintas colaboraciones proponen.

En este marco, varias de las contribuciones del libro muestran que la campaña política influyó significativamente en las elecciones de 2000. Las características de los candidatos y sus estrategias de campaña (el capítulo de Kathleen Bruhn y las conclusiones de Jorge Domínguez), la cobertura de la televisión y los debates presidenciales (los dos capítulos de Chappell Lawson), y la campaña negativa (Alejandro Moreno), fueron factores que intervinieron en el comportamiento electoral de los mexicanos en esas elecciones. Lawson encuentra, entre otros hallazgos, que la exposición a las noticias de Televisión Azteca produjo un efecto neto de 7.6% a favor de Fox, un margen incluso ligeramente mayor que el que le dio la victoria frente a Labastida.²¹ Por su parte, Alejandro Moreno encuentra que la “brecha de negatividad” —creer que un candidato *X* habla mal de los demás y que un candidato *Y*, por el contrario, no lo hace—, incrementó las probabilidades de cambiar de Labastida a Fox cuando quien tenía la brecha era Labastida —especialmente entre los priístas—, aunque no influyó en las probabilidades de cambiar de Fox a Labastida cuando quien tenía la brecha era Fox. Estos hallazgos hablan, de diferentes maneras, de que una parte del electorado cambió su ordenación de preferencias según lo que vieron o escucharon durante la campaña y que decidieron su voto en función de la información y los mensajes que la campaña transmitió.

Un segundo hallazgo relevante de este libro para la discusión de estas páginas es la observación de que las posibilidades de triunfo que los ciudadanos otorgaban a los candidatos influyó en sus preferencias electorales. Ésta es la conclusión a la que Beatriz

²¹ Como el propio Lawson señala, este giro de 7.6% “captura la diferencia entre ver Televisión Azteca y no hacerlo para nada, esto es, no estar expuesto a la información e imágenes de esta televisora”. Con esta observación, el autor quiere advertir que “un escenario más plausible es considerar lo que hubiera ocurrido si el tratamiento de Televisión Azteca a la contienda presidencial se hubiera parecido al de Televisa” (p. 205).

Magaloni y Alejandro Poiré arriban en su contribución. Al analizar la intención de voto según las probabilidades de triunfo asignadas a cada postulante a la presidencia, estos autores observan que, entre los que declaran que votarán por un candidato, la mayor parte cree que ese postulante es el que ganará las elecciones. Contundentemente, este fenómeno ocurre con el voto para los tres candidatos. Así, entre los que declaran que votarán por Fox (31.3%), 63.2% cree que este postulante ganará, 19.1% que ganará Labastida y 2.5% que lo hará Cárdenas. De manera análoga, entre los que dicen que votarán por Labastida, 80.9% cree que este candidato ganará, 8.4% piensa que lo hará Fox y 2.6% que triunfará Cárdenas. Lo mismo se observa con la intención de voto para Cárdenas: 46.3% de los que expresan que votarán por él piensan que el candidato de izquierda ganará, mientras que sólo 28.6% cree que triunfará Labastida y 10% que lo hará Cárdenas. Adicionalmente, estos autores aportan datos a favor de la hipótesis de que los votantes que se enfrentaron a un dilema estratégico en las elecciones de 2000 (aquellos que creían que su candidato preferido no iba a ganar) modificaron su intención de voto a favor de su segunda preferencia en la medida en la que le asignaron mayor probabilidad de ganar a esta última o la utilidad percibida de ambas preferencias tendió a ser la misma. Ya en el plano de la estadística inferencial y desarrollando un “modelo del voto estratégico” (p. 284), Magaloni y Poiré encuentran que entre los votantes del PRD aumenta la probabilidad de no votar por Cárdenas entre aquellos que le atribuyen menos posibilidades de ganar.

El hallazgo de que los mexicanos votan estratégicamente no es nuevo. Domínguez y McCann (1995) ya habían encontrado que, en las controvertidas elecciones presidenciales de 1988, un porcentaje sustancial de electores con orientaciones de derecha (presumiblemente, seguidores del PAN), votaron estratégicamente por el candidato de la izquierda, Cuauhtémoc Cárdenas. Ambos trabajos sugieren que el votante mexicano, distante de un elector que se comporta siguiendo su ordenación inicial de preferencias, es un votante que hace sofisticadas evaluaciones sobre las probabilidades de triunfo de los candidatos, y que en función de ellas decide su voto.

Un tercer hallazgo relevante para la discusión de estas páginas tiene que ver con el hecho de que las variables sociodemográficas muestran escasa relevancia frente a buena parte de las dimensiones mencionadas arriba. Cuando se controlan las diferentes variables explicativas exploradas en la obra con los indicadores de nivel socioeconómico, nivel

educativo, sexo y residencia —no siempre se hace esto—, no se observan cambios sustantivos en la variación de la intención de voto explicada. No es posible hablar, en ese sentido, de la existencia de claros clivajes sociales que determinen el comportamiento electoral de los mexicanos en las elecciones presidenciales de la alternancia. Estos hallazgos confirman en buena medida lo observado por Domínguez y McCann (1995) para las elecciones presidenciales de 1988 (y en las elecciones legislativas de 1991). Esta información habla de un votante que no está enraizado en clivajes sociales y cuyas decisiones no parecen derivarse de restricciones sociodemográficas.

En este punto, un descubrimiento interesante tiene que ver con los datos que informa Joseph Klesner (y que coinciden con parte de lo observado por Durand Ponte en su libro). Klesner encuentra que el clivaje ideológico dominante en México se articula entre quienes apoyan al régimen *versus* los votantes opositores al régimen, con orientaciones ideológicas muy diferentes entre sí. De esta manera, las actitudes hacia el “sistema” —el régimen priísta— explican mucho más la variación en el comportamiento electoral que las variables sociodemográficas o la división ideológica izquierda-derecha. Resulta importante resaltar este hecho a la luz de las recientemente celebradas elecciones de 2006. De atenernos a algunos datos iniciales, hay razones para suponer que, a diferencia de los comicios de 2000, las divisiones ideológicas o sociodemográficas hubieran tenido mayor peso en estas últimas elecciones presidenciales. En todo caso, esta hipótesis deberá ser puesta a prueba por investigaciones posteriores.²²

Más allá de los desafíos que se plantean para la investigación futura, las conclusiones del libro de Domínguez y Lawson parecen constituir pruebas a favor de la hipótesis de un ciudadano informado y racional. Este grupo de hallazgos habla de un votante que, lejos de determinaciones sociodemográficas, es un votante sofisticado, que analiza sus preferencias a la luz de información proveniente de la campaña política, que evalúa las posibilidades de triunfo de cada candidato o partido, que considera la utilidad que le proporciona cada opción y que, en función de esta información, decide su voto. Así, buena parte de la información que aporta el libro favorece la idea de un votante racional,

²² Un argumento causal plausible a favor de esta hipótesis podría expresarse de modo muy sintético de la siguiente manera: el fenómeno de un nuevo clivaje social podría ser el resultado del rezago electoral y político del partido que construyó un discurso y una acción políticos que contuvo su aparición, es decir, el PRI. Este hecho, junto con una mayor distancia entre los mensajes de las campañas y las promesas de políticas públicas de los dos principales candidatos podrían haber contribuido a hacer que las divisiones ideológicas y socioeconómicas hubieran influido más en la conducta electoral de 2006.


informado y que se comporta siguiendo patrones predecibles. Estamos en el escenario de nuestro primer mapa.

CONSIDERACIONES FINALES

La lectura de las cuatro obras conduce al retrato de dos mundos distintos en las preferencias políticas mexicanas. El primer mundo nos muestra dimensiones de la opinión pública y el comportamiento político en México que revelan importantes patrones de coherencia y predecibilidad. Este primer grupo de opiniones, actitudes y comportamiento político de los mexicanos parece desprenderse de factores comprensibles y consistentes. En esta primera imagen nos hallamos frente a ciudadanos que, en la decisión de votar, hacen sofisticadas evaluaciones de la utilidad proporcionada y de la probabilidad de ganar de cada candidato o partido. También hallamos en este primer mapa que las formas de confianza predominantes entre los mexicanos están sujetas a evaluación y son racionales.

De manera contraria, nuestro segundo retrato arroja un balance de difícil elucidación. En perspectiva temporal, el claro proceso de modernización de la opinión pública observado durante la década de 1980 parece haber entrado en un marcado retroceso hacia los valores de las sociedades tradicionales durante los últimos 15 años. Asimismo, en diferentes cortes en el tiempo, se observan importantes inconsistencias entre algunas de las preferencias políticas de los mexicanos. La misma ciudadanía que prefiere la democracia como forma de gobierno opta por excluir de la participación a quienes piensan distinto a ellos. Al comparar las opiniones agregadas, nos encontramos que los mexicanos tienen preferencias que están en tensión entre sí.

La opinión pública mexicana parece combinar rasgos autoritarios de larga duración con unos pocos signos recientes de aprecio por los valores de la democracia. La futura investigación deberá indagar cuán estable es este cambio democratizador. Otro desafío para la investigación futura será evaluar cuán duradera es la relativa debilidad de los efectos sociodemográficos en la opinión pública y en el comportamiento electoral mexicano. La investigación sobre las recientes elecciones de 2006 será un aporte muy importante en esta dirección. En un país de profundas diferencias económicas, sociales y

culturales, cabría esperar que tales diferencias se tradujeran en términos de preferencias políticas. 

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Alducin, Enrique (2002), “Valores democráticos de los mexicanos”, ponencia presentada en el Coloquio para el Análisis de Encuestas Nacionales sobre Cultura Política y Prácticas Ciudadanas, México, Secretaría de Gobernación, IFE, ITAM, CIDE, 14 al 16 de agosto.
- (1991), *Los valores de los mexicanos: México en tiempos de cambio*, México, Fomento Cultural Banamex.
- (1993), *Los valores de los mexicanos: México entre la tradición y la modernidad*, México, Fomento Cultural Banamex.
- Almond, Gabriel A. y Sidney Verba (1963), *The Civic Culture: Political Attitudes and Democracy in Five Nations*, Princeton, N.J., Princeton University Press.
- Baloyra, Enrique (1979), “Criticism, Cynism, and Political Evaluation: A Venezuelan Example”, *American Political Science Review*, vol. 73, diciembre, pp. 978-1002.
- Barsalou, Lawrence (1989), “Intraconcept Similarity and Interconcept Similarity”, en S. Vosniadou y A. Ortony (eds.), *Similarity and Analogical Reasoning*, Cambridge, Cambridge University Press, pp. 76-121.
- Beltrán, Ulises (2000), “Factores de ponderación del voto retrospectivo”, *Política y Gobierno*, vol. 7, núm. 2, segundo semestre, pp. 425-442.
- Berelson, Bernard R., Paul F. Lazarsfeld y William N. McPhee (1954), *Voting. A Study of Opinion Formation in a Presidential Campaign*, Chicago, University of Chicago Press.
- Boix, Charles y Daniel Posner (1998), “Social Capital. Explaining its Origins and Effects on Government Performance”, *British Journal of Political Science*, vol. 28, núm 4, pp. 686-693.
- Booth, John A. y Mitchell A. Seligson (1984), “The Political Culture of Authoritarianism: A Reexamination”, *Latin American Research Review*, vol. 19, núm. 1, pp. 106-124.
- Boudon, Raymond (1998), “Social Mechanism without Black Boxes”, en Peter Heds-

- tröm y Richard Swedberg (eds.), *Social Mechanisms: An Analytical Approach to Social Theory*, Nueva York, Cambridge University Press.
- Buendía Laredo, Jorge (1997), “Incertidumbre y comportamiento electoral en la transición democrática: la elección mexicana de 1988”, *Política y Gobierno*, vol. IV, núm. 2, segundo semestre, pp. 347-375.
- (2000), “El elector mexicano de los noventa: ¿un nuevo tipo de votante?”, *Política y Gobierno*, vol. VII, núm. 2, segundo semestre, pp. 317-352.
- Camp, Roderic Ai (1999), “La democracia vista a través de México”, *Este País*, vol. 100, julio, pp. 2-8.
- Campbell, Angus, Philip E. Converse, Warren E. Miller y Donald Stokes (1960/ 1980), *The American Voter*, Chicago, The University of Chicago Press.
- Converse, Philip E. (1964), “The Nature of Belief Systems in Mass Publics”, en David E. Apter (ed.), *Ideology and Discontent*, Nueva York, Free Press, pp. 206-261.
- (1970), “Attitudes and Nonattitudes: The Continuation of a Dialogue”, en Edward R. Tufte (ed.), *The Quantitative Analysis of Social Problems*, Reading, Massachusetts, Addison-Wesley, pp. 168-189.
- De la O, Ana Lorena y Alejandro Poiré (2000), “La agenda de investigación en torno a la aversión al riesgo”, *La Gaceta de Ciencia Política*, núm. 1, pp. 5-22.
- Deutsch, Karl W. (1964), “Social Mobilization and Political Development”, *American Political Science Review*, vol. 55, pp. 493-514.
- Domínguez, Jorge I. y James A. McCann (1995), “Shaping Mexico’s Electoral Arena: Construction of Partisan Cleavages in the 1988 and 1991 National Elections”, *American Political Science Review*, vol. 89, núm. 1, pp. 34-48.
- Fagen, Richard R. y William S. Tuohy (1972), *Politics and Privilege in a Mexican City*, Stanford, California, Stanford University Press.
- Fromm, Erich y Michael Maccoby (1970), *Social Character in a Mexican Village. A Sociopschoanalyst Study*, Englewood Cliffs, N.J., Prentice-Hall.
- Gambetta, Diego (2000), “Can We Trust Trust?”, en Diego Gambetta (ed.), *Trust: Making and Breaking Cooperative Relations*, edición electrónica, Department of Sociology, University of Oxford, capítulo 13, pp. 213-237, disponible en: <http://www.sociology.ox.ac.uk/papers/gambetta213-237.pdf>.
- Gerring, John (2001), *Social Science Methodology. A Criterial Framework*, Nueva York, Cambridge University Press.

- Hansen, Roger D. (1971), *The Politics of Mexican Development*, Baltimore, Johns Hopkins University Press.
- Hedström, Peter y Richard Swedberg (1998), "Social mechanisms: An introductory essay", en Peter Hedström y Richard Swedberg (eds.), *Social Mechanisms: An Analytical Approach to Social Theory*, Nueva York, Cambridge University Press.
- Huntington, Samuel (1968), *The Political Order in Changing Societies*, New Haven, Yale University Press.
- Inglehart, Ronald (1997), *Modernization and Postmodernization: Cultural, Economic, and Political Change in 43 Societies*, Princeton, Princeton University Press.
- Inglehart, Ronald y Wayne E. Baker (2000), "Modernization, Cultural Change, and the Persistence of Cultural Values", *American Sociological Review*, vol. 65, febrero, pp. 19-51.
- Lazarsfeld, Paul F., Bernard R. Berelson y Helen Gaudet (1944), *The People's Choice*, Nueva York y Londres, Columbia University Press.
- Lerner, Daniel (1958), *The Passing of Traditional Societies: Modernizing the Middle East*, Nueva York, Free Press.
- Lipset, Seymour M. (1959), "Some Social Requisites of Democracy: Economic Development and Political Legitimacy", *American Political Science Review*, vol. 5, pp. 69-105.
- Magaloni, Beatriz (1996), "Dominio de partido y dilemas duvergerianos en las elecciones presidenciales de 1994 en México", *Política y Gobierno*, vol. III, núm. 2, segundo semestre, pp. 281-326.
- McDonald, Ronald y Mark Ruhl (1989), *Party Politics and Elections in Latin America*, Boulder, Westview.
- Moore, Barrington (1966), *The Social Origins of Dictatorship and Democracy*, Boston, Beacon Press.
- Moreno, Alejandro (1999), "Ideología y voto: dimensiones de competencia política en México en los noventa", *Política y Gobierno*, vol. V, núm. 1, primer semestre, pp. 45-82.
- (2003), *El votante mexicano. Democracia, actitudes políticas y conducta electoral*, México, Fondo de Cultura Económica.
- Moreno, Alejandro y Keith Yanner (1995), *Predictors of Voter Preferences in Mexico's 1994 Presidential Election*, Documento de Trabajo WPPS 2000-07, Departamento de Ciencia Política, ITAM.

- Needler, Martin C. (1971), "Politics and National Character: The Case of Mexico", *American Anthropologist*, vol. 73, junio, pp. 757-761.
- Page, Benjamin I. y Robert Y. Shapiro (1992), *The Rational Public: Fifty Years of Trends in Americans' Policy Preferences*, Chicago, The University of Chicago Press.
- Paxton, Pamela (2002), "Social Capital and Democracy: An Interdependent Relationship", *American Sociological Review*, vol. 67, núm. 2, pp. 254-277.
- Paz, Octavio (1959), *El laberinto de la soledad*, México, Fondo de Cultura Económica.
- Poiré, Alejandro (2000), "Un modelo sofisticado de decisión electoral racional: el voto estratégico en México", *Política y Gobierno*, vol. VII, núm. 2, segundo semestre, pp. 353-382.
- Prothro, James W. y Charles M. Grigg (1960), "Fundamental Principles of Democracy: Bases of Agreement", *Journal of Politics*, vol. 22, mayo, pp. 276-294.
- Putnam, Robert (1993), *Making Democracy Work: Civic Traditions in Modern Italy*, Princeton, N.J., Princeton.
- (2000), *Bowline Alone: The Collapse and Revival of American Community*, Nueva York, Simon & Schuster.
- Ramos, Samuel (1934), *El perfil del hombre y la cultura en México*, México, Robledo.
- Sarsfield, Rodolfo y Fabián Echegaray (2006), "Opening the Black Box. How Satisfaction with Democracy and Its Perceived Efficacy Affect Regime Preference in Latin America", *International Journal of Public Opinion Research*, vol. XVIII, núm. 2, pp. 153-173.
- Sarsfield, Rodolfo y Julio F. Carrión (2006), "The Different Paths to Authoritarianism: Rationality and Irrationality in Regime Preferences", 59th Annual Conference, World Association of Public Opinion Research (WAPOR), 16 al 18 de Mayo, Montreal.
- Schedler, Andreas (2004), "'El voto es nuestro.' Cómo los ciudadanos mexicanos perciben el clientelismo electoral", *Revista Mexicana de Sociología*, año 66, núm. 1, enero-marzo, pp. 57-97.
- Schedler, Andreas y Rodolfo Sarsfield (2004), "Democrats with Adjectives: Linking Direct and Indirect Measure of Democratic Support", *Afrobarometer Working Paper* núm. 45, noviembre.
- Scott, Robert E. (1965), "Mexico: The Established Revolution", en Lucian Pye y Sidney Verba (eds.), *Political Culture and Political Development*, Princeton, N.J., Princeton.

- Segovia, Rafael (1975), *La politización del niño mexicano*, México, El Colegio de México.
- Uslaner, Eric M. (1999), *Trust and consequences*, ponencia presentada en el Communitarian Summit, Arlington, VA, descargado de <http://www.bsos.umd.edu/gvpt/uslaner/commun.pdf>, febrero.
- (2002), *The Moral Foundations of Trust*, Nueva York, Cambridge University Press.
- Warren, Mark (2001), *Democracy and Association*, Princeton N.J., Princeton University Press.
- Wiarda, Howard (1992), “Social Change, Political Development and the Latin American Tradition”, en Howard Wiarda (ed.), *Political and Social Change in Latin America. Still a Distinct Tradition?*, Boulder, Westview Press.
- Wolf, Eric R. (1959), *Sons of the Shaking Earth*, Chicago, University of Chicago Press.

